

Una ventana blanca. Virginia Rodríguez Martín

Klara recorrió el largo pasillo del piso sin hacer ruido, a pesar de que la tarima centenaria solía crujir como un barco a punto de quebrarse. No tenía motivos para caminar con sigilo. Simplemente pasaba inadvertida. Recogió el jersey que había dejado sobre la estufa de azulejos para que se templara y de nuevo con mudas pisadas volvió a su luminoso cuarto. La enorme casa de su cuñado en la ciudad vieja de Estocolmo, antigua y señorial, con techos altísimos y molduras elegantes, tenía habitaciones suficientes para que Klara, su hermana Hilma y Mattis, el marido de esta, pudieran mantener su independencia. Las paredes gruesas otorgaban la discreción necesaria al matrimonio cuando los cónyuges ejercían de tales y evitaban situaciones embarazosas si Mattis buscaba la compañía de Klara. En realidad, la única que solía sentir pudor era ella. Nada podía reprocharles. Nadie la obligaba a colaborar en la satisfacción de las necesidades sentimentales de Mattis ni a facilitar a su hermana un descanso de su matrimonio. Hilma adoraba su autonomía y Mattis podía resultar absorbente. Klara ejercía de bisagra y se adaptaba a la situación, en cierta medida por comodidad.

El cuello cisne del jersey la oprimía un poco. Tiró de él hacia abajo, pero en pocos segundos volvió a apretarle. Suspiró y procuró ignorar la sensación. Sentada en su tocador, se cepillaba el pelo rubio con fuerza. Cuando sacudía la cabeza, veía de reojo por la ventana el mar de tejados de la ciudad vieja, cuajados de nieve. Mientras pasaba el cepillo sin cesar, sus pensamientos volvieron una vez más a la última carta de Lao. En realidad, siempre era la misma carta y Klara la recibía cada mes, más o menos. Había pasado casi un año desde que se despidieron. El congreso

científico fue breve y el doctor Lao Ting volvió a su Formosa natal. De haber vivido Hilma el romance con Lao, la relación habría terminado antes de que el elegante oriental hubiera subido al avión. Pero ella no era Hilma. Para Klara, la marcha de Lao prendió la llama del quizá: quizá me escriba, quizá pueda seguir con él. Quizá esto merezca la pena.

Las cartas comenzaron a llegar a las pocas semanas. *“En el jardín, apenas le quedan hojas ya al arce amarillo. El viento de la noche acabará de desnudarlo. Desde mi ventana, adornada con un colorido dougong, contemplo los árboles y medito. ¿Sabes qué es un dougong, querida Klara? A veces saboreo un té y rememoro los que tomé contigo. —Klara no sabía lo que era un dougong. Otra de las miles de cosas que ignoraba de China.— Hoy, mientras pasaba los dedos por los diminutos nudos que tiene la seda de mi hanfu, he observado un pajarillo en la rama baja del arce. Tan liviano, miraba su mundo del jardín con inocencia y curiosidad. Había algo dócil en la forma de mover su cabecita. Me recordó tanto a ti... Todo por aprender. Un mundo por descubrir, mi querida Klara.”* Siempre así. Cada carta más delicada que la anterior. Más sutil. Menos urgente.

Dejó el cepillo un momento y también ella miró por la ventana. Contempló Estocolmo, oculto bajo la mullida capa blanca. Más allá se extendía Suecia entera, casi aislada del mundo durante varios meses. Y mientras Klara hibernaba al calor de la estufa, un millón de kilómetros hacia el este, un oriental enamorado de ella la llamaba sin decir nada. ¿O no era así? Klara carecía de malicia. Si su romance hubiera sido el descubrimiento de un amor físico sofisticado, en el que cada vez que se unían ella se esponjaba, surgía como Venus de las aguas y formaba parte de un todo con su amante, si hubiera sido solo hondo placer, le habría desengañado antes de regresar a Formosa. Sus encuentros, tan distintos a la monótona presión atlética

de Mattis sobre ella, la cautivaron. Esos pocos días, se sintió como aquella diosa emergente hasta en las situaciones más prosaicas. Sin duda, el influjo de Lao se extendió más allá de la cama, aunque Klara había necesitado volver con su hermana y su cuñado para ser consciente de sus emociones.

Guardó el cepillo en el tocador y dio unos pasos hacia la mesita de noche. Abrió el cajón y pasó el índice por el borde del montón de cartas que Lao le había enviado. Después del congreso, a menudo ella deseó rechazar a Mattis. Nunca le había pasado: cuando él la reclamaba, siempre accedía, alegre. Pero desde que Lao se fue, los encuentros con su cuñado solían culminar gracias a cierta dosis de autodisciplina y un vago sentimiento de obligación. A las pocas semanas llegó la primera carta. Antes de leerla, Klara tuvo la certeza de que su vida iba a cambiar. En medio minuto, lo que tardó en encontrar el cortaplumas para abrir el sobre, imaginó un futuro oriental, con tardes de música clásica en un confortable salón junto al refinado Lao y los niños que vendrían. Él sería el mentor y ella la musa.

Aquella primera carta le pareció respetuosa y alejada de cualquier insinuación romántica. Solo al cabo de recibir unas cuantas, Klara creyó comprender. ¿La llamaba, desde el más introspectivo silencio que cabía imaginar? ¿Era eso? A veces, repasando algunos párrafos, sentía como si el eco de un grito lejano la invocara. Tan lejano como voluntarioso y potente. Eso creía. Otras veces, la distancia inscrita en la cuidada letra de Lao conseguía que ella acudiera al baño de Mattis cuando sabía que él se estaba duchando.

Cerró el cajón. Observó los copos de nieve hasta que se desdibujaron en sus ojos y solo quedó una mancha blanca tapando el mundo. Ojalá hubiera pasado más tiempo con él. Quizá, de haber estado más segura, se habría lanzado. Quizá.